



## “Hacerse hombres”, una expresión de la violencia simbólica

Por Iyamira Hernández Pita, Socióloga del Centro de Salud Mental del municipio de Playa, Ciudad de La Habana

(Especial para No a la Violencia)

La masculinidad entendida como identidad genérica es un producto socialmente construido, con un carácter multidimensional y cambiante, al igual que las relaciones de poder de las que todos los miembros de una sociedad forman parte.

En ese caso, la noción, frase o tradición **hacerse hombres**, muy viva aún en la mayoría de nuestros países, debe analizarse como un fenómeno sociocultural ligado a prácticas de poder y a relaciones de dominación y subordinación entre los géneros.

Las concepciones culturales, los aspectos simbólicos y el mundo imaginario que se instauran alrededor del género varían tanto al interior de un grupo social como de una sociedad a otra. Así, referirse a distintas masculinidades o a diversas identidades masculinas, incluso dentro de una misma sociedad o grupos etarios y en un momento histórico concreto, ofrece perspectivas más amplias.

De aquí que las representaciones de las identidades masculinas se construyan en el ámbito de las relaciones y adquieran legitimidad a través de las prácticas sociales que establecen hombres y mujeres. La masculinidad se inscribe en los procesos culturales locales y forma parte del entramado significativo que un grupo social organiza en torno a la diferencia sexual.

Desde otro ángulo, **hacerse hombre** funciona como un mecanismo por el cual los varones se adaptan a su entorno social, o bien como una actuación puesta en el escenario de la vida cotidiana en el que los varones adquieren reconocimiento social como buenos hombres.

Así, los agentes sociales producen e imaginan modelos hegemónicos de masculinidad y de feminidad. La categoría de *hombre de verdad* suele asignarse a quienes actúan “correctamente” como hombres en tanto adopten las prácticas que les son asignadas a su género: maneras de comportarse, vestirse, hablar, caminar. En otras palabras, para obtener prestigio social como hombre cabal, los varones necesitan desplegar estrategias y demostraciones que se correspondan con el reconocimiento de una noción contextual dominante de la masculinidad.

Entre los cubanos -como en muchas otras sociedades en que perviven herencias de una cultura patriarcal-, se logra **hacerse hombre** con la adopción de diversas conductas públicas y formas de relaciones cotidianas “prediseñadas”. Por ejemplo, cumpliendo con su función de proveedor al interior de los hogares; ejerciendo la paternidad, pero en función de transmitir a los hijos, sobre todo varones, la importancia de identificarse con el discurso y la práctica de la heterosexualidad; actuando como un esposo que “sabe mantener y mandar a su esposa”; como representante y como autoridad; comportándose como el que “tiene valor” y sabe ordenar, prevenir, castigar y enfrentar a otros hombres, para así adquirir prestigio y valor simbólico en las relaciones genéricas.

El proceso de hacerse un hombre o una mujer, o de hacerse sujeto de género, debe examinarse como una práctica intersubjetiva que se relaciona con construcciones locales del género y que involucran a hombres y mujeres, así como a cualquier otro miembro del grupo social que se estudia.

Al intentar ajustar su comportamiento al modelo de masculinidad aquí analizado, los varones adquieren prestigio y poder simbólico como hombres en el campo de las relaciones genéricas. Sin embargo, dicho modelo de masculinidad se les asigna a través de un discurso hegemónico que, permanentemente, los violenta, imponiéndoles un esquema a seguir, por lo que este constituye un mecanismo de reproducción de los esquemas dominantes de la vida social.

Seguendo al sociólogo francés Pierre-Félix Bourdieu, la dominación masculina constituye la forma paradigmática de la dominación y de la violencia simbólica, pues, por poco que sea, las mujeres participan en su dominación (lo cual no constituye una concesión deliberada de las mujeres), ya que su raíz se encuentra en la correspondencia inconsciente entre el *habitus* y el campo dentro del cual operan. Se aloja en lo más profundo del cuerpo socializado y es la expresión de la somatización de las relaciones sociales de dominación.

El propósito de esta reflexión es que pueda ser de utilidad para la discusión, tanto académica como al interior de los grupos, respecto a las construcciones genéricas y las relaciones de dominación y de subordinación que subyacen en su producción. Sobre todo, que contribuya a replantear, en la medida de los deseos y posibilidades de los sujetos, las valoraciones que



sostienen las identidades hegemónicas masculinas o femeninas ligadas a relaciones de poder y de dominación simbólica; o bien para reflexionar acerca del mundo social que invita a los sujetos a representarse como hombres o mujeres.